GALLEGO, Julián; GARCÍA MAC GAW, Carlos G. (comps.). *La ciudad en el Mediterráneo Antiguo*. Colección Razón Política/Estudios del Mediterráneo Antiguo – PEFSCEA N° 4. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires/Ediciones del Signo, 2007, 264p.

Horacio Miguel Hernán Zapata[*]
Universidad Nacional del Nordeste (UNNE), Argentina

● **Enviado em: 27/07/2014**
● **Aprovado em: 07/11/2014**

Las ciudades han sufrido una transformación radical al calor de los diferentes procesos políticos y económicos globales, los constantes avances científicos y tecnológicos y las alteraciones en el mapa demográfico, sociológico, cultural y étnico. A su vez, las nociones que definían lo urbano, como el centro, el componente o los límites de la ciudad, han cambiado su significado. Como consecuencia, es difícil de percibir en las actuales estructuras urbanas aquel modelo clásico de ciudad en tanto lugar de sociabilidad y civilidad, esto es, como centro –*pólis*– y espacio público –*res publica*– donde nacieron la democracia y la ciudadanía, ya que estos ámbitos que habitamos se han convertido en lugares complejos, fragmentados y contradictorios, representando el progreso humano y civilizacional pero también cargando la amenaza del desastre social y ecológico. Bajo estas condiciones, la percepción espontánea de cualquier individuo podría identificar que la ciudad, con su cotidiana multitud de gentes, su complejo entramado relacional y su dendrítica materialidad urbana, es un dato "natural", algo que ha estado allí desde siempre. En un lenguaje poético, nadie ha expresado de mejor forma esa supuesta inmortalidad de la ciudad que el escritor argentino Jorge Luis Borges, cuando en su delicioso poema *Fundación mítica de Buenos Aires* proclamaba que "la juzgo tan eterna como el agua y el aire". Así, no es de extrañar que este cúmulo de problemáticas del mundo contemporáneo se refleje en los trabajos que –desde hace algún tiempo– realizan investigadores interesados en analizar algunas de estas transformaciones en su profundidad

[*] Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Nordeste (UNNE) / Centro Interdisciplinario de Estudios Sociales (CIESo), Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario (UNNE)

histórica y conceptual y que buscan proponer nuevas perspectivas y contribuir, desde el campo de las ciencias sociales, a la mejora del conocimiento sobre los sistemas urbanos y las condiciones de vida en las ciudades.

Desde el campo de la historia antigua, el estudio de la ciudad es un tema con una amplia tradición, contándose entre los hitos más representativos de los primeros esfuerzos libros como *La ciudad antigua* (1864) de Fustel de Coulange, obra dedicada a explicar la estructura urbana interna en Grecia y Roma, con especial atención al ámbito político, social y religioso; *La ciudad griega* (1929) del historiador C. Glotz, volumen cuyo objetivo central era analizar de forma minuciosa la relación entre la familia, la urbe y el individuo; o *Los orígenes de la civilización* (1936), ese magnífico estudio del arqueólogo Vere Gordon Childe en el que identificaba con el nombre de "revolución urbana" a los diversos procesos históricos de cambio que conducían al urbanismo y a la aparición de las primeras ciudades –y concomitantemente del Estado –en el Próximo Oriente Antiguo. Incluso, desde mediados del siglo XX hasta la actualidad, es posible encontrar numerosas monografías e investigaciones que procuran revisar el concepto de "ciudad antigua", no sólo desde una mirada tradicional enfocada en las estructuras materiales, sino abordando el complejo entramado de relaciones sociales que tienen lugar en esos centros localizados a lo largo y ancho de un ámbito de encuentros culturales e intercambios materiales e inmateriales como era –y aún es– el Mediterráneo y durante una extensión temporal que se prolonga incluso hasta la época temprano-medieval.

Es precisamente en esta apuesta intelectual donde se ubica el libro que hoy reseñamos, *La ciudad en el Mediterráneo Antiguo*, una compilación a cargo de los historiadores argentinos Julián Gallego y Carlos G. García Mac Gaw, ya que como éstos confiesan en la introducción, el libro es el resultado específico, en primer lugar, de las distintas líneas de investigación que fueron desarrolladas dentro del proyecto "*La ciudad en el mundo greco-romano: organización política, estructuras sociales y el control de los recursos agrarios*" bajo la dirección del antiquista Julián Gallego y en el marco de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires. El objetivo principal de tal proyecto –plasmado plenamente en el libro– consistió en pesquisar la organización política e institucional y la arquitectura social de la ciudad antigua a través de sus diferentes expresiones (*ciudad-estado*, *pólis, apoikía, civitas, colonia, municipium*, etc.), analizando las múltiples articulaciones existentes entre los integrantes de la ciudad y los recursos rurales (economía campesina, agricultura esclavista, relación rentística entre terratenientes y campesinos, recaudación tributaria estatal, etc.). Partiendo del supuesto de que en el mundo antiguo la inclusión en la esfera política e

institucional de la ciudad se encontraba íntimamente conectada con el acceso a los recursos agrarios, un vínculo que no sólo implicaba el plano de la "materialidad" de las relaciones sociales sino también el de las representaciones simbólicas, las intervenciones de la compilación demuestran claramente que las instituciones políticas y jurídicas de la ciudad-estado constituyen elementos nodales en el análisis de las sociedades antiguas, aun cuando dicha importancia deba ser relativizada de acuerdo a los aspectos históricos considerados en cada estudio puntual del volumen.

En concreto, el volumen transita las transformaciones que sufre el modelo de ciudad como organizador de las relaciones sociales, iniciando su recorrido desde el Cercano Oriente, cuando emergen los primeros centros urbanos, pasando por el universo de las *póleis* de la Grecia arcaica y clásica y de las *civitas* de la Roma tardorrepublicana y altoimperial, llegando incluso a la Antigüedad Tardía, cuando los monasterios comenzaron a asumir el rol de las elites urbanas, volviéndose agentes intermediarios entre el Estado y los campesinos y compitiendo con los centros urbanos como núcleos principales de patronazgo social. La hipótesis general tomada por los compiladores como hilo conductor para la obra es que la ciudad supone una comunidad que se gobierna a sí misma y que reside en un centro urbano y su territorio circundante, hecho que a su vez posibilita pensar la configuración de una colectividad política con poderes delimitados y definida por la participación directa de los ciudadanos de pleno derecho en las cuestiones del ámbito público y la inexistencia de una burocracia. Es este mismo orden institucional el que dará lugar, además, a las múltiples modalidades de vinculación social y a los diversos modos de utilización de los recursos agrarios.

Conforme a este conjunto de perspectivas y temáticas, la obra se encuentra dividida en tres secciones bien delimitadas y que procuran reflejar, de forma clara y ordenada aunque no esquemática, las líneas de investigación que hemos subrayado. Bajo el título "Organizaciones urbanas, estructuras estatales y recursos agrarios", la primera sección plantea, a través de tres trabajos, una aproximación a la ciudad en la Antigüedad en tanto escenario propio del funcionamiento del Estado, examinando sus dimensiones institucionales y determinantes rurales. El primero de los trabajos, de autoría de Marcelo Campagno, se detiene en el problema de la revolución urbana y el surgimiento del Estado en el Próximo Oriente. A partir de un análisis comparativo, el autor demuestra con claridad cómo este proceso, ocurrido en los contextos urbanos de Mesopotamia y Egipto a fines del IV milenio a. C., fue el producto de la emergencia de una elite (asociada al mundo de las divinidades) que puso en funcionamiento una compleja estructura burocrática, construyendo su poder por encima de

un conjunto de comunidades aldeanas (con fuerte base campesina) que terminarían convirtiéndose en poblaciones dependientes que se vieron obligadas a entregar regularmente excedentes a dicha elite a través de distintos mecanismos de tributación estatal. El segundo capítulo de la sección, de la pluma de Julián Gallego, aborda la cuestión de la aparición de la *pólis* y el rol del campesinado en la Grecia antigua, subrayando que la configuración política de la ciudad durante los siglos VIII a V a. C. no supuso una formación jerárquica en la que una elite edificó su poder sobre un campesinado sometido, sino una organización segmentaria en la que las aldeas rurales tendieron a incluirse dentro de un Estado a través de un proceso político, espacial, social y religioso (denominado *sinecismo*), donde las comunas rurales siguieron constituyendo los núcleos básicos del sistema socioeconómico, institucional y militar del Estado griego. Y el tercer capítulo de la sección, a cargo de Carlos García Mac Gaw, estudia la problemática del esclavismo y las distintas formas en que se organiza la explotación de la fuerza de trabajo en la historia de Roma, tanto en la república tardía como en el alto imperio. Conjugando aspectos económicos y jurídico-políticos, presenta la evidencia de un paisaje complejo y plural caracterizado por las diferentes maneras que asume la explotación del trabajo –que van desde modalidades varias del *colonato* hasta formas múltiples de explotación del trabajo servil, que pueden aparecer conectadas entre sí y con la pervivencia de la unidad doméstica campesina del pequeño propietario, coexistiendo todas ellas en el tiempo y espacio–, reconstrucción que permite afirmar que dicho paisaje no puede ser sencillamente definido a partir de una única categoría conceptual y, de este modo, discutir la concepción historiográfica –aún vigente en ciertos ámbitos académicos y recursos bibliográficos– de que el esclavismo es el principal modo de producción que explica la particularidad de la economía romana.

La segunda sección, titulada “Representaciones de la ciudad y el mundo rural”, se ocupa del examen de los imaginarios sociales que circulan sobre la ciudad y las actividades conectadas a la economía rural a partir de las producciones teatrales de la Atenas clásica, problemática que es abordada en dos trabajos con novedosos abordajes. En su artículo, María José Coscolla despliega un significativo análisis filológico de los objetos rurales y su relevancia contextual en las comedias de Aristófanes junto con la aplicación de la teoría de los juegos para identificar en los modos de intercambio social y los mecanismos de endeudamiento en el mundo rural ateniense la presencia de matices en los comportamientos de los agentes en el plano de la producción, por lo que el producto agrario y su rentabilidad fijarían diferentes estrategias de inversión así como lazos de sociabilidad distintivos. Seguidamente, el trabajo de Elsa Rodríguez Cidre nos conduce al universo de las representaciones simbólicas que, en esa

misma sociedad ateniense y a través de los discursos de despedida de Hécuba y el coro en la tragedia *Troyanas* de Eurípides, se pergeñaban en torno a la centralidad de la *pólis,* no sólo como forma de Estado sino –y sobre todo– como un modo de convivencia que los propios contemporáneos concebían como *el* modo de vida en sociedad, más allá del cual sobreviene la catástrofe. Considerando la relevancia que el teatro de la ciudad poseía en el diseño de la identidad cívica, la autora puntualiza que esta obra pone en escena la cuestión de la destrucción de la *pólis*, un tópico que en realidad resulta irrepresentable dentro del imaginario político de la Atenas clásica, cuyos efectos simultáneos no sólo son los trastocamientos de los cánones formales que pueden identificarse en la tragedia sino también la propia manera en que finaliza dicha obra.

Finalmente, la tercera sección del libro titulada "La Ciudad, la Iglesia y los campesinos en la Antigüedad Tardía", reúne diferentes contribuciones sobre las transformaciones del modelo clásico de la ciudad en los siglos IV al VI d.C., una etapa en la que es posible observar el redimensionamiento de los vínculos de patronazgo y el surgimiento de poderes locales con formas propias ante la pérdida de unidad e influencia del Estado romano imperial, aun cuando en este nuevo contexto sociopolítico la Iglesia aparece como el agente que heredaba o se apropiaba del antiguo andamiaje institucional romano o como la depositaria de un orden ecuménico universalista. Los autores de esta sección coinciden en la idea de que la cristalización de nuevas formas de organización social a partir de la crisis del marco citadino no operó de forma lineal y tales transformaciones deben ser estudiadas en las particularidades que adquieren en los espacios locales. En esta senda, Diego Santos estudia los realineamientos políticos de la población local en la Galia durante la decadencia imperial, presentando alternativamente los momentos de identificación de los galos con Roma, como un orden social y político, y con el lugar de origen, como un marco de integración social más cercano y propio, dejando asentado al mismo tiempo que la función episcopal, cuyo espacio era el de la *civitas* romana, a pesar de su notable influencia en la región, no alteró esta lógica. Por su parte, Héctor Francisco se ocupa de desentrañar las características de los liderazgos rurales en la Siria tardorromana, subrayando la vitalidad de los pequeños campesinos independientes centrados en aldeas como aspecto específico de la expansión económica del siglo IV en el Imperio oriental. Apoyado en diversos relatos de la intervención de los monjes en los conflictos entre el campo y la ciudad contenidos en fuentes hagiográficas sirias de los siglos V y VI d.C., el autor revela la progresiva pérdida del ascendiente de las clases curiales sobre estos sectores campesinos y, como contracara, el crecimiento de la figura del obispo en el nuevo paisaje social y político oriental, el cual comienza a posicionarse como bisagra entre

la ciudad y el Estado, mientras que el monasterio operará como canal entre las áreas rurales y las urbanas, relevando las bases del poder de los aristócratas locales construidas sobre las funciones patronales. Por último, Eleonora Dell'Elicine se ocupa específicamente de la fragmentación del mundo rural en la península ibérica y discutir desde allí la tesis que sostiene que, entre los siglos IV y VIII, los campesinos de la región se hallaban insertos en el sistema de villa aristocrática, buscando proponer una imagen del mundo rural mucho más acertada y compleja. Tomando como caso de estudio el reino visigodo, la autora afirma que la presencia y reproducción de los diferentes grupos de campesinos se organiza atendiendo al anclaje sobre el terreno, la relación con el derecho, el vínculo con la ciudad, la inscripción étnica y la adhesión religiosa, un cuadro que no sólo estaría hablando de la coexistencia de diferentes factores de poder detrás de tales realidades, que ocupan el espacio que antes mantenía la *civitas* en su relación con la corte imperial, sino del propio y nuevo diseño de un paisaje rural que se aparta de las formas antiguas de organización social.

Llegados a este punto, es posible afirmar que *La ciudad en el Mediterráneo Antiguo* nos da una muestra acabada de la confluencia de novedosas miradas sobre la historia antigua que portan un alto valor académico. No sólo porque corporizan múltiples debates historiográficos actuales, porque problematicen de forma constante los procesos históricos en base a marcos teóricos renovados o porque pongan en juego diversos enfoques metodológicos, sino porque también –y sobre todo– representan largos períodos de investigación rigurosa que llevan a cabo investigadores-docentes en universidades públicas argentinas, siendo una de sus tantas preocupaciones académicas dilucidar nuevas maneras de explicar las diversas formas en las cuales se organizaban las sociedades, describir sus múltiples modalidades de configuración espacial y comprender las distintas formas en que los integrantes de esas mismas sociedades se hacen presentes, convergen y conviven como comunidad en un espacio común a la vez que diverso.